



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS DIBUJANTES
RAMÓN ESCALER



It. F. Fernandez, Feijoo 3.

Yo sé que es una buena persona
y que trabaja con lucimiento.
Pueden dar pruebas de su talento
los semanarios de Barcelona.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La ninfa de la fuente, por José Estremera.—La paz de la aldea, por Juan Pérez Zúñiga.—Insolación, por Fray Candil.—Después del estreno, por Sinesio Delgado.—Coqueterías fúnebres, por Eduardo de Palacio.—¡Misericordia!, por Ramón Caballero.—Cuadro tercero, por Cayetano Triviño.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Ramón Escaler.—El ganso inoportuno.—El colmo de la broma, por Cilla.



(DESDE VIGO)

Tenemos aquí una fragata de la marina imperial rusa y otras tres que forman la escuadra italiana, al mando de un almirante acabado en *ini*.

Esto viene á imprimir gran animación al puerto, proporcionando á los bañistas distracciones nuevas, porque hay hombre que no había visto más rusos que los que se venden por el invierno en el bazar del *Aguila* á noventa reales, con cuello de astracán y bocamangas de pelleja.

Los marinos rusos son personas muy amables, aunque feas, y reciben en el barco á los españoles con marcadas muestras de satisfacción. En cuanto ven á uno, ya le están ofreciendo tazas de té con rajitas de limón, para que sude.

Yo visité el barco en compañía de unas señoritas muy guapas y de unos cuantos jóvenes que no hicieron más que probar el té y rompieron á sudar, como si les hubiesen colocado una cocinilla portátil en la boca del estómago.

Uno de ellos decía á su novia, todo acongojado:

—¡Ay! Yo me liquido. Siento algo así como si me hubieran envuelto el cutis en algodón en rama.

—Procura ventilarte—decía ella.

Pero el joven no osaba rechazar el agasajo ruso, y seguía tomando té en un rincón, hasta que compadecido de él un marinero, le llevó al puente para que se secase.

Mientras los rusos y las señoritas se entregaban al baile vertiginoso, las señoras mayores departían armoniosamente en la cámara.

—Estos rusos son muy simpáticos—decía una.

—Y muy amantes del sebo—añadía otra.—El mayor obsequio que se les puede hacer, es regalarles una libra de velas.

Entre la oficialidad de á bordo figura un sacerdote cismático griego, que usa enaguas negras de merinillo y sombrero de copa para andar por casa.

—¿No baila usted?—le preguntó uno de los visitantes.

—No, señor—dijo él.—Yo estoy encargado solamente de la cura de almas. Y del aseo de la tripulación.

—¿Es usted sacerdote?

—Sí, señor; sacerdote y pedicuro.

Un caballero de Navalmoral de la Mata, que está aquí veraneando con una sobrina y dos perros, se acercó á un oficial y estuvo oliéndole durante un buen rato.

—¿Sabe usted lo que noto?—vino á decirme.

—¿Qué?

—Que este oficial no es de piel de Rusia legítima.

—¿En qué se funda usted?

—En que no huele.

Abordo de la fragata viene el hijo segundo del emperador en clase de oficial, pero no hemos tenido el honor de besar su mano, ni de verle el pelo. Su Alteza permanece en su camarote, oculto á las miradas de los simples mortales.

—¿Qué hace el príncipe?—preguntamos á un guardia marina.

—Está lavándose los imperiales pies—nos contestó respetuosamente.

En estos puertos de mar siempre hay distracciones nuevas, y el hombre observador puede hacer estudios interesantísimos.

Entre la marinería hemos visto á un joven afeitado, que nos saludó con una sonrisa cariñosa.

—¡Qué ruso tan agraciado!—dijo el de Navalmoral.

—¡Ole yal!—contestó el aludido.

—¡Calle! ¿No es usted ruso?

—No, señor; yo soy de Cádiz.

—¿Y qué hace usted aquí?

—Pues estoy en clase de costurera moscovita.

Un caballero de esta localidad, gran político, que ama á la fusión como si le hubiera dado el ser y siempre le está enviando merluzas á Sagasta, decía al comandante del buque:

—Ya sabrá usted que D. Venancio está en Mondariz: si á usted le parece, podemos decírselo al hijo del Czar, que se alegrará muchísimo.

Al dejar el buque nos decía con profundo pesar:

—¡Después dicen que los rusos son ilustrados! ¿Quiere usted creer que no saben quién es Mansi?

El de Navalmoral, que anda viendo si puede casar á la sobrina, suele dar comidas en la fonda donde reside, y hay aquí unos cuantos jóvenes que se nutren á su costa.

Aun ayer convidó á uno que tiene el estómago lo mismo que una sombrerera de las grandes, y mientras comía le estuvo ponderando el mérito de la muchacha.

—Es un ángel—le decía,—pero en Navalmoral no conocen su mérito y la pobre se consume, porque tiene mucho amor propio. Aquí le ha salido un novio, pero le hemos dado pasaporte al momento: era un hombre sin educación y sin nada; el primer día de relaciones me pidió prestado un chaquet, á pretexto de que se le había muerto una cuñada: después resultó que no tiene familia ni ropa, y que ha sido municipal suplente.

La chica se enjugaba los ojos con la servilleta, y el tío acabó por coger al convidado entre dos puertas y decirle terminantemente:

—Mire usted: lo que yo quiero es casar á la chica, antes de que se consuma del todo, y quiere decir que le señalo á usted un sueldo de cuatro pesetas, porque yo así no puedo estar, ni ella tampoco.

En vista de lo ocurrido, se dice por aquí que va á haber boda, y con ésta serán cinco ó seis las forasteras que se han casado con jóvenes de la localidad. El año último quedaron aquí, presas en las redes del amor, dos chicas manchegas, una de las cuales se casó el 1.º de Octubre y se tiró de cabeza al mar el 12 de Noviembre, por no poder resistir á su esposo, que es tartamudo y además tiene el vicio de la embriaguez; se embriaga con todo: con aguardiente, con vino blanco, con cocimiento de malvabisco. Como tiene dentro la madre, no hace más que beber un líquido cualquiera y bailar enseguida un zapateado, y con el movimiento se le revuelve el líquido, dando lugar á la borrachera más horrible que registra la historia.

¡Oh! ¡Qué viciosa y qué desenfadada es esta juventud!

Hay aquí algún joven que juega á la brisca, bebe, fuma y le pega á la madre; y no contento con esto, suele seducir criadas de servicio, regalándolas alfileros, fruta y otras preseas.

¡Después hablan de la vida morigerada de las ciudades chicas! La inmoralidad se enseorea del mundo, y lo mismo aquí que en Varsovia, el hombre es pecaminoso y grosero!

Hace pocos días huyó del hogar doméstico un joven perteneciente á una de las principales familias de esta localidad, llevándose una doncella y una flauta de siete llaves. La policía hizo toda clase de averiguaciones, y al fin vino en conocimiento de que el joven y su víctima se hallaban en Pontevedra, dedicados al comercio de quincalla, y que á él le habían hecho diputado provincial unos amigos para que se distrajera y tuviese lo necesario.

Hay que convenir en que la inmoralidad cunde.

LUIS TABOADA.

LA NINFA DE LA FUENTE

He venido á Mondariz como mucha gente viene, por esta fuente, que tiene gran virtud medicatriz.

Por verme libre de mal, venía yo con la idea de decir á la crenea ó ninfa del manantial:

«Deidad, como tú me saques de este país encantado completamente curado de mis molestos achaques, cantaré á tu fuente y monte ditirambos infinitos que han de dejar tamañitos á Píndaro y Anacreonte.»

Porque yo pensaba ver al lado del manantial una ninfa virginal que me diera de beber de su preciado tesoro, del agua dulce y serena, con su mano de azucena, en concha de nácar y oro.

Y aunque, entre muchos primores, y acercó su rostro bello en este sitio he encontrado

un paraíso encantado lleno de plantas y flores, y caprichosos verjeles y de umbrías deliciosas que alegran las mariposas y perfuman los claveles, en vez de la ninfa, hallé que el vaso al enfermo entrega una robusta gallega descalza de pierna y pie, que oíría, por consiguiente, frases de la gaya ciencia con la misma indiferencia que el murmullo de la fuente.

A la noche me dormí, y tales cosas soñé, que creo que no podré pintarlas como las vi.

Una mujer virginal, gentil, pudibunda, hermosa, me ofrecía en una rosa el agua del manantial.

Y al acercarme á beber, me echó los brazos al cuello á mis labios con placer,

diciéndome: «Ven y bebe;
pero tiene más virtud
para darte la salud
mi seno de rosa y nieve.»
Bien se puede figurar
el lector menos sensible
Mondariz, Julio 1889.

que tendría una terrible
decepción al despertar.
Pero aún me dura el hechizo
de la ninfa encantadora,
porque, al ver á la aguadora,
me turbo y me ruborizo.
JOSÉ ESTREMERÁ.

LA PAZ DE LA ALDEA

Cansado ya de sufrir
con el eterno exigir
de aquella mujer sin par,
marché á mi aldea á vivir
tan sólo para olvidar.
¡Qué Paz aquélla, Dios mío!
Hizo suyo mi albedrío,
y además medio millón
que heredé una vez de un tío
muerto á coces en Chinchón.
Aunque chata la *infeliz*,
era una hermosa mujer;
mas tras de tanto desliz,
el alma llegó á tener
lo mismo que la nariz.
Cubrí de alhajas y ropa
aquel corazón de estopa.
¡Bien la sacó Vital Aza,
no á escena, pero sí á plaza,
en su *Sombrero de copa!*
Dejé á Paz, siendo incapaz
de sostener competencia
con más de un joven procaz,
y pensé en la conveniencia
de hallar en mi pueblo paz.
En mi pueblo silencioso,
donde, antes de ir á la corte,
debí yo haberme hecho esposo
de otra Paz de mejor porte
y corazón más hermoso.
Un día qui-o el destino
que realizase mi idea.
Tomé un *bistek*, pan y vino,

luego el tren, luego un pollino.....
y entré cantando en mi aldea.
Aunque sufrí los rigores
del calor, allí mis cuitas
olvidé y mis sinsabores,
haciendo sendas visitas
á las bodegas mejores.
Ante todo, fuí ligero
á ver á mi dueño amado;
mas ¡oh trance duro y fiero!
la Paz se había fugado
con un peón caminero;
no porque ante la chiquilla
se le cayese á él la baba.
La causa fué más sencilla:
un lunar que él *me* gastaba
sobre la cuarta costilla.
Mucho con esto sufrí;
mas seguí viviendo allí,
regando mis arbolitos
y espantando los mosquitos
que se burlaban de mí.
¿Pensáis que me consoló
la paz de la aldea? No.
¡El diablo que en ella crea,
porque en la paz de la aldea
maldito si creo yo!
¡La paz, la paz! Noche y día
el hombre la busca en vano,
pues el bienestar que ansía
sólo está en la tumba fría.
¡Sobre todo en el verano!
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

INSOLACIÓN

(Á VUELA PLUMA)

Convengamos en que *Insolación* no es una gran novela, ni
con mucho. Es más, en mi sentir humilde, es *poco* novela.

¿Quién duda que Doña Emilia Pardo Bazán es una estilista
de primer orden? ¿Quién puede negarle talento vigoroso, emi-
nentemente plástico, desenvoltura y bizarría de pluma, dotes
observadoras, si bien no muy profundas, como advierte *Clarín*,
y selecta y abundante cultura literaria? ¿Quién no se regocija
con las descripciones vivas, exactas y pintorescas que traza su
pluma cincelada, elegante y varonil? Pero ¿quién no reconoce
asimismo que su genio analítico ahonda poco, sobre todo en lo
que se refiere al mundo psicológico, y que su corazón no es muy
sensible, que digamos?

En *Insolación* se admira la fuerza, corrección y desenfado del
estilo que corre limpio y transparente, no sin afectación y tiesura
en algunas páginas; el color encendido, la animación y pre-
cisión en los cuadros; la exactitud en la copia donosa de la char-
la truhanesca y disparatada de la gente del pueblo; el vigor de
retina al reproducir los objetos con los propios colores de la
realidad; pero en lo atañadero al alma de la novela, al pensar y
obrar de los personajes, al curso dramático ó cómico de los in-
cidentes, se ve que el temperamento de la autora no gusta, ni
con cien leguas, de las inquisiciones subjetivas; que es más sen-
sible á las impresiones externas que á los silenciosos llamamien-
tos de la conciencia.

No hay en la novela una sola página que haga reflexionar ni
que conmueva. *Insolación* es un cuento divertido, escrito con
primor, en que se pone de relieve la ligereza de una viuda jo-
ven y guapa y la insulsez de un calavera de similor.

«No andemos con el sol por aquí y el calor por allá. Disculpas
de mal pagador. Te falta hasta la excusa vulgar, la del carifíto
y la pasioncilla.....»

No es mal sastre el que conoce el paño. Yo, que no me asom-
bro de nada, porque creo que el albedrío no sirve más que de
estorbo, opino lo propio que la Taboada, cuyas son las palabras
trascritas. La Taboada—según se pinta ella misma en un largo
monólogo—ha sido hasta la presente una señora intachable, una
perfecta viuda. Corriente. ¿Es verosímil—pregunto yo—que una

mujer de tan correcta conducta despierte un día y se vaya ca-
mino de la romería de San Isidro con un mozo á quien apenas
conoce?—«Nada, chica; un pecado gordo en frío, sin circuns-
tancias atenuantes y con ribetes de desliz chabacano. ¡Te lucis-
tel!»—A confesión de partes.....

No trate Doña Emilia de disculpar á su *heroína* con los atrac-
tivos intelectuales de Pacheco—que no los tiene—y..... los influ-
jos del sol. Una mujer que dice á no caer, no cae tan fácil-
mente.

Créame Doña Emilia: en achaque de faldas soy una auto-
ridad.

«Mi pasión ha recorrido
toda la escala social,»

y he tenido ocasión de estudiar á la mujer..... en bata y en traje
de baile. De que las hay, las hay. El busilis está en dar con
ellas.

Convengamos en que la viudita es ligera de cascos como ella
sola, y en que Pacheco tiene tanto de seductor como yo de obis-
po. ¡Valiente calavera, cuyas aventuras terminan en la Vicaríal

Una señora, lo que se llama una señora, no una *disfrazada*
de señora—¡hay tantas que á la postre resultan unas tías!—no
admite de buenas á primeras, y con ocasión de ir á la iglesia, la
invitación de un hombre casi desconocido á una romería donde
menudean los navajazos y las borracheras. ¿Qué amor religioso
es ese que prefiere la *juerga* al rezo?

Apunte Nakens este dato para el estudio de la sinceridad re-
ligiosa en las mujeres. Verdad es que de la prostitución al misti-
cismo, ó á la inversa, no hay más que un paso. Ejemplo: *Ma-
dame Bovary*.

Seamos francos: la Taboada no había delinquido antes (cons-
te que para mí no son delitos estas *debilidades*) por falta de oportu-
nidad, y en este supuesto, huelgan todos esos alardes de virtud
berroqueña.

* * *

Doña Emilia es católica. No me meto á indagar si es ó no sin-
cero su catolicismo. Es católica, ella lo dice. Doña Emilia cree
en el libre albedrío, más ó menos atenuado por el *pecado ori-
ginal*.

¿Cómo, *pues*, que dicen en México, ha escogido como tesis, ó lo
que sea, para su novela los influjos que ejerce el sol en un tem-
peramento ardoroso?

La Taboada no ha obrado libremente; los rayos solares han
tenido la culpa de todo. Determinismo ó fatalismo, no hay que
darle vueltas.

Se me dirá que en una novela no debe exigirse al autor que
sea fiel y consecuente con sus ideas, siempre y cuando no trate
de pintarse á sí mismo. Ni aun así. A esta objeción contesto:

La novela de Doña Emilia ¿es una novela impersonal, como *Sal-
lammó*, de Flaubert, pongo por caso? No. La autora se mezcla
y confunde con los personajes á cada paso, y les arrebató la pa-
labra.

De modo que, hasta cierto punto, cabe llamarla á capítulo y
advertirla que se está poniendo en contradicción con sus teo-
rías.

El tipo de la Taboada se borra de la mente tan pronto como
se llega á la última página. No interesa porque es fría y vulgar;
y cuenta que, á juzgar por los grabados de Cuchy, lo que es
buena hembra, lo es. ¡Ya lo creol! Que tomara forma y vida, y ya
me guardaría yo de criticarla.

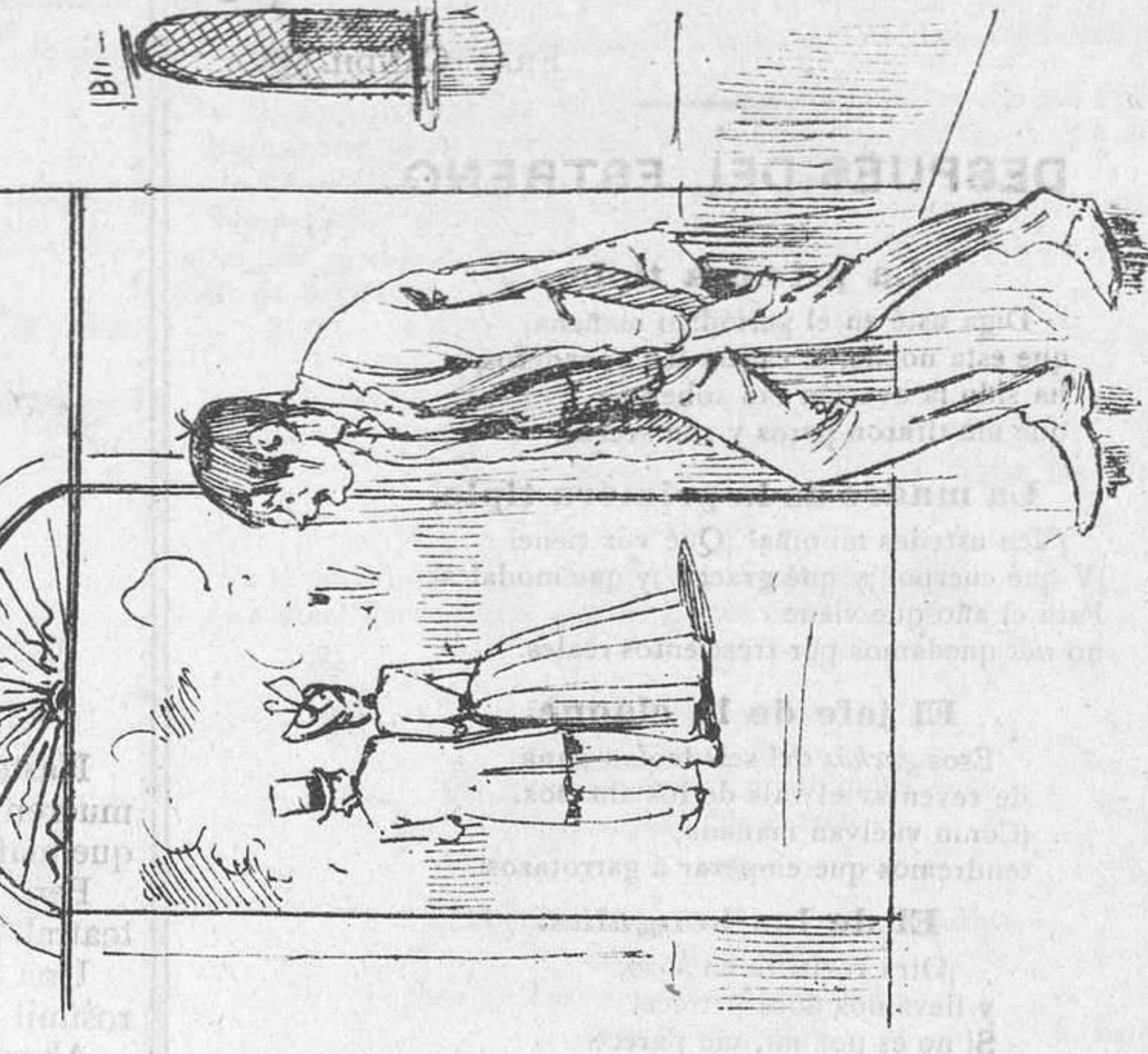
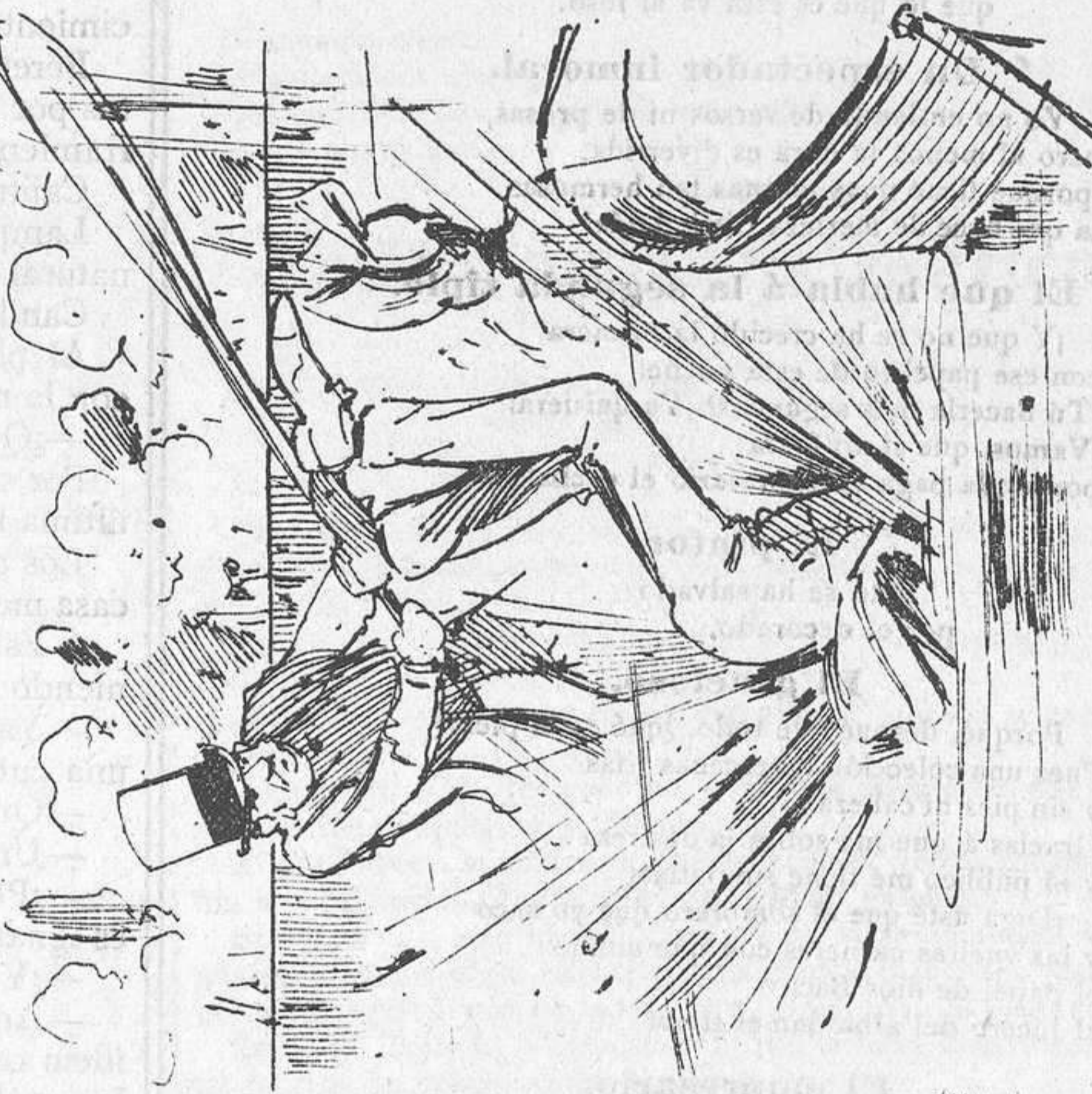
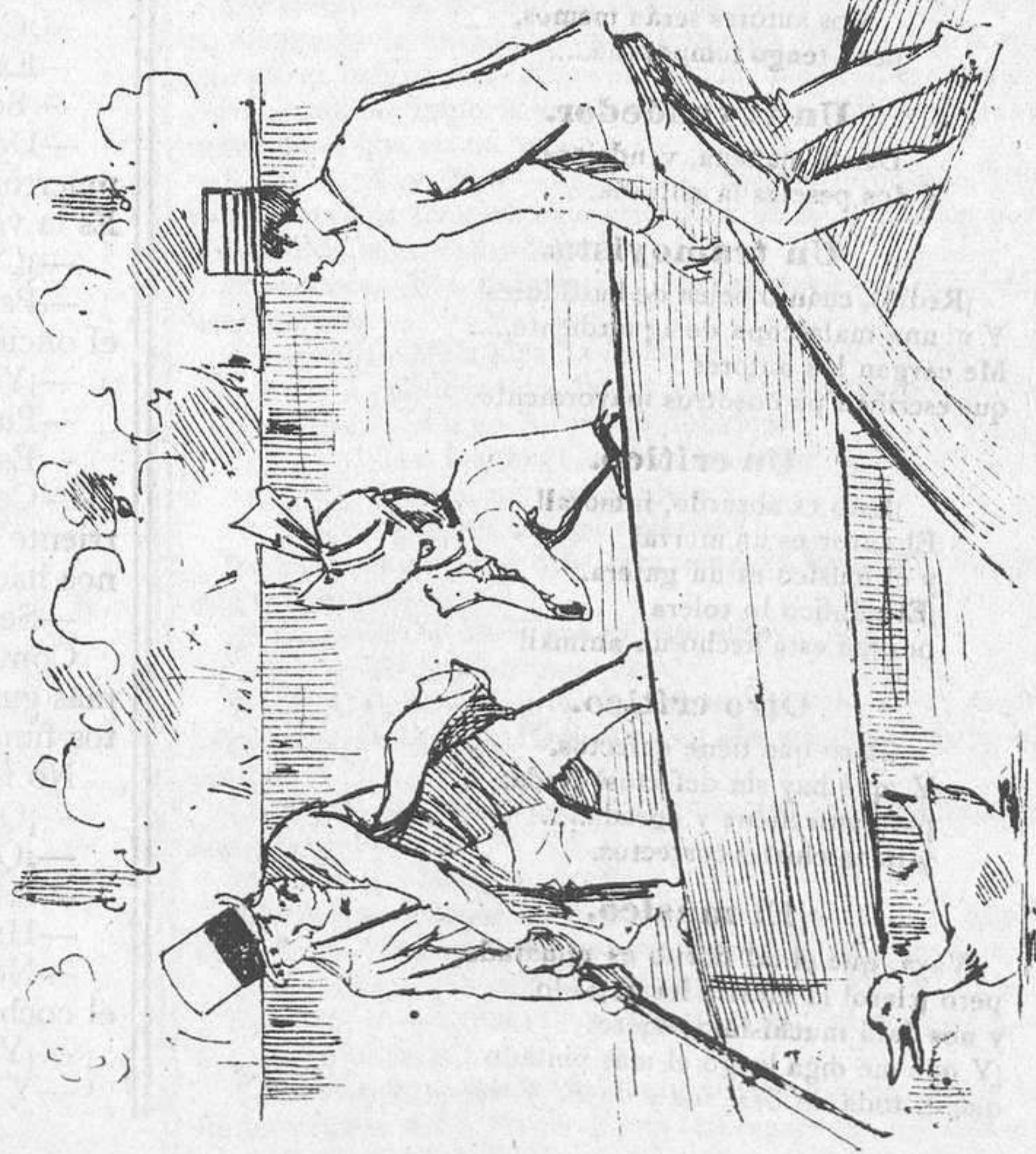
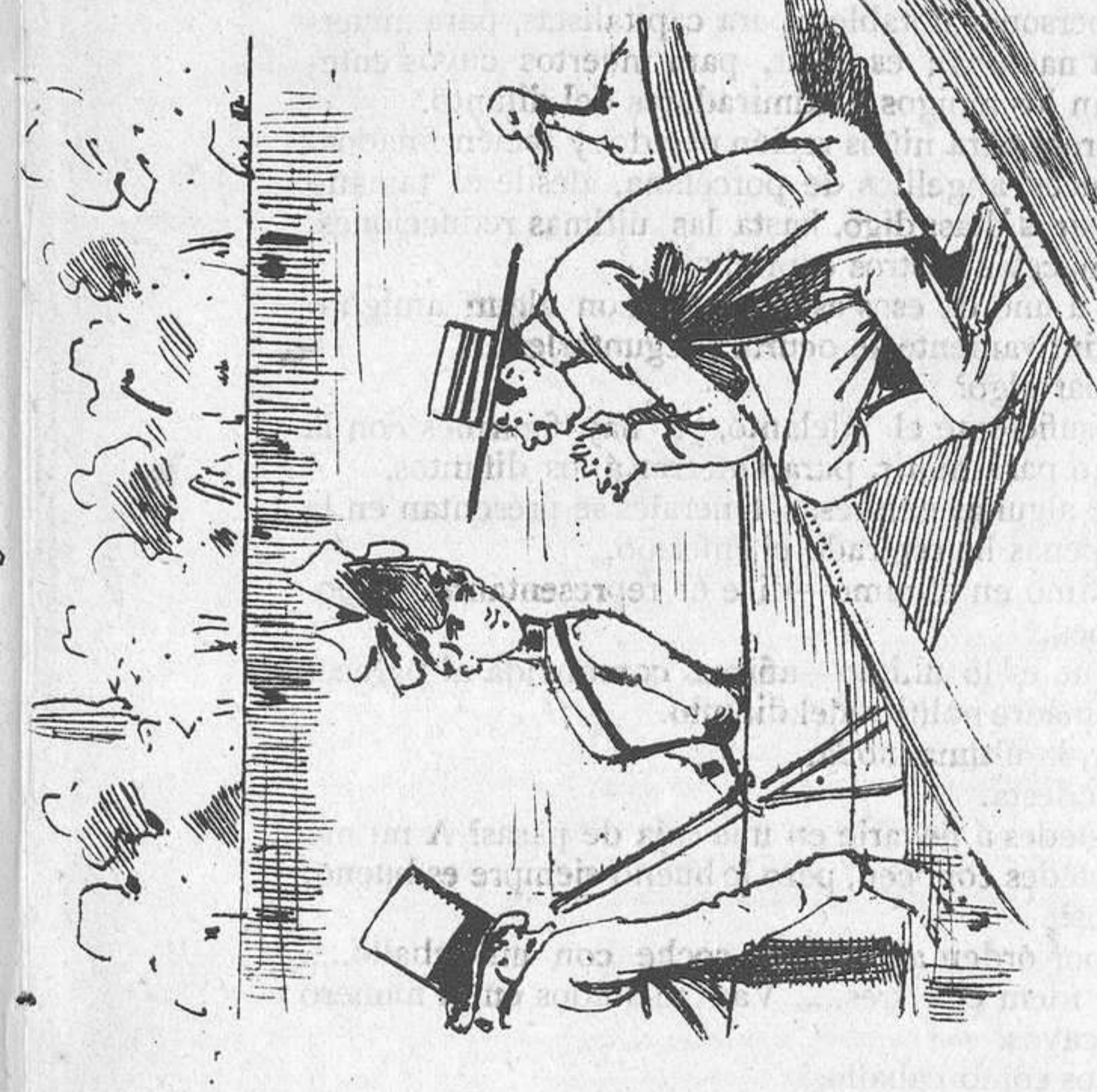
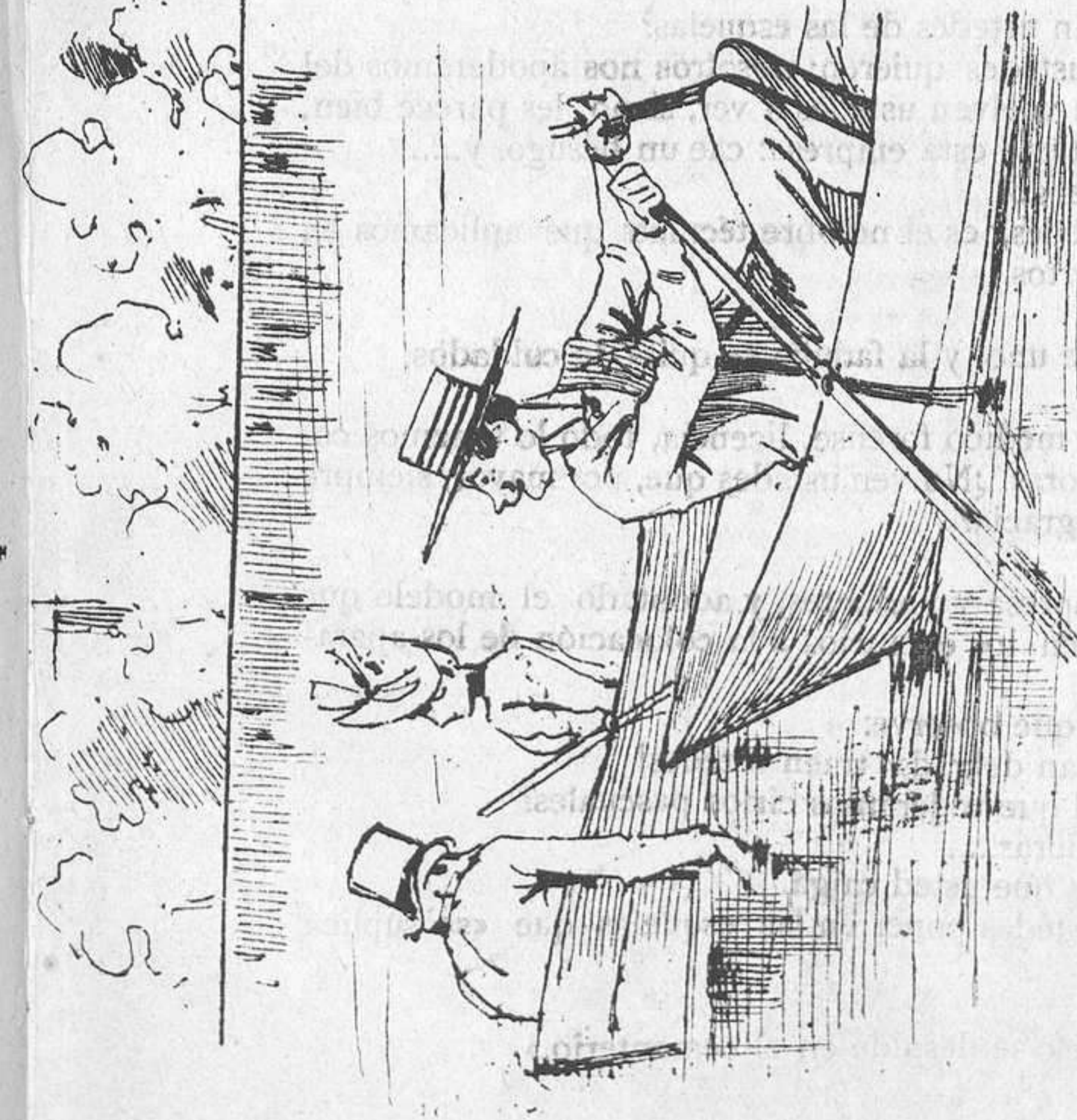
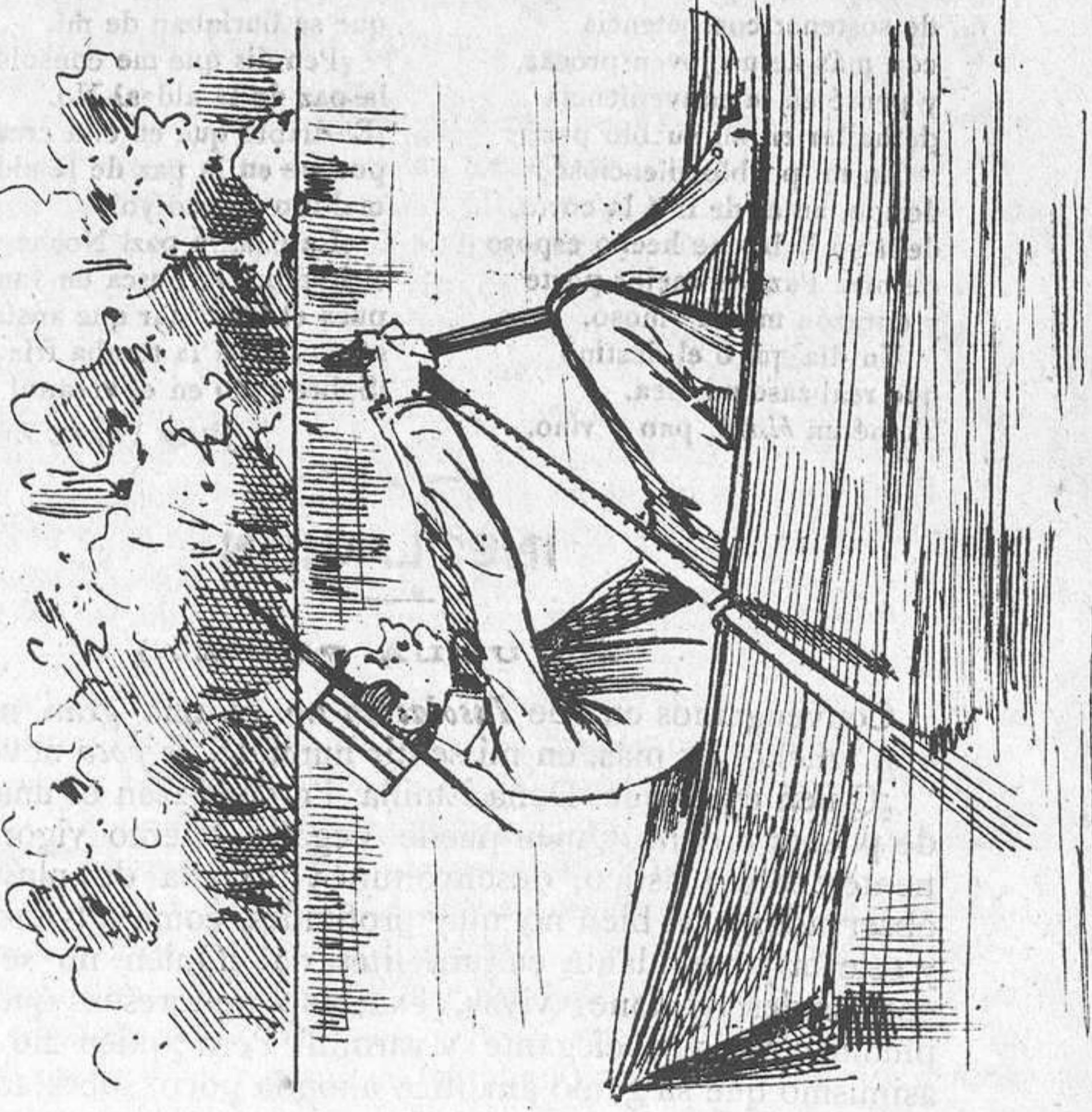
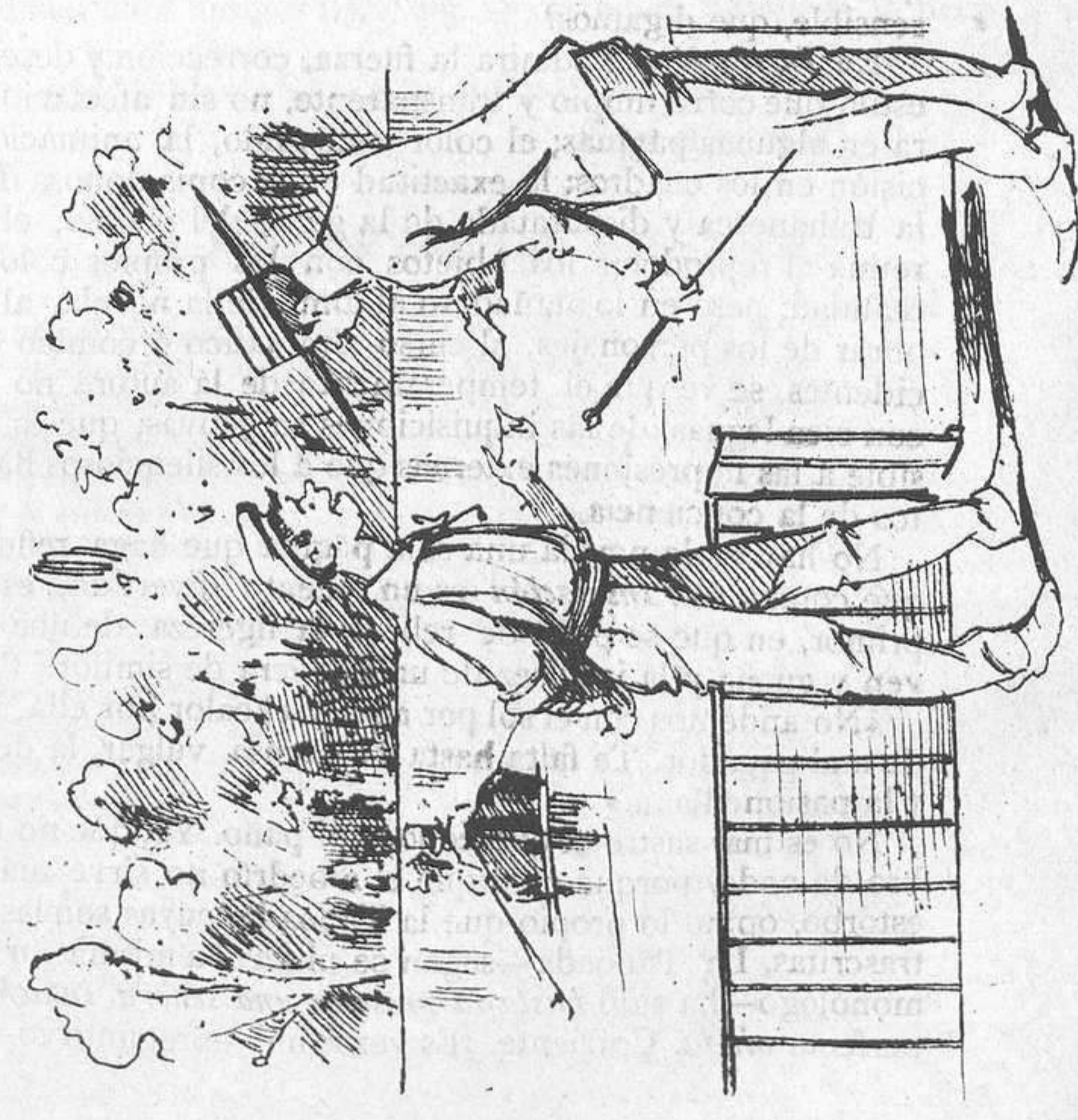
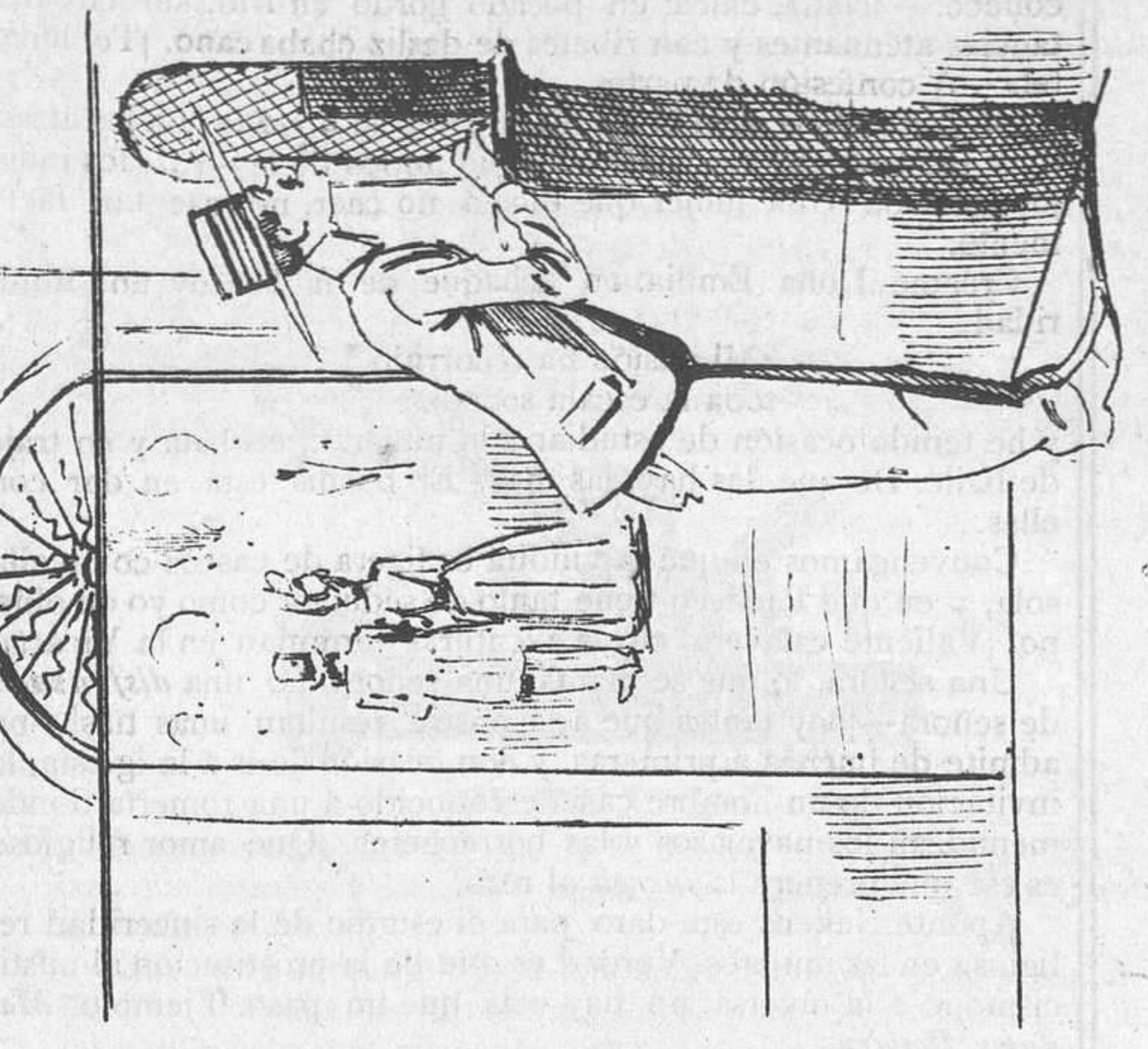
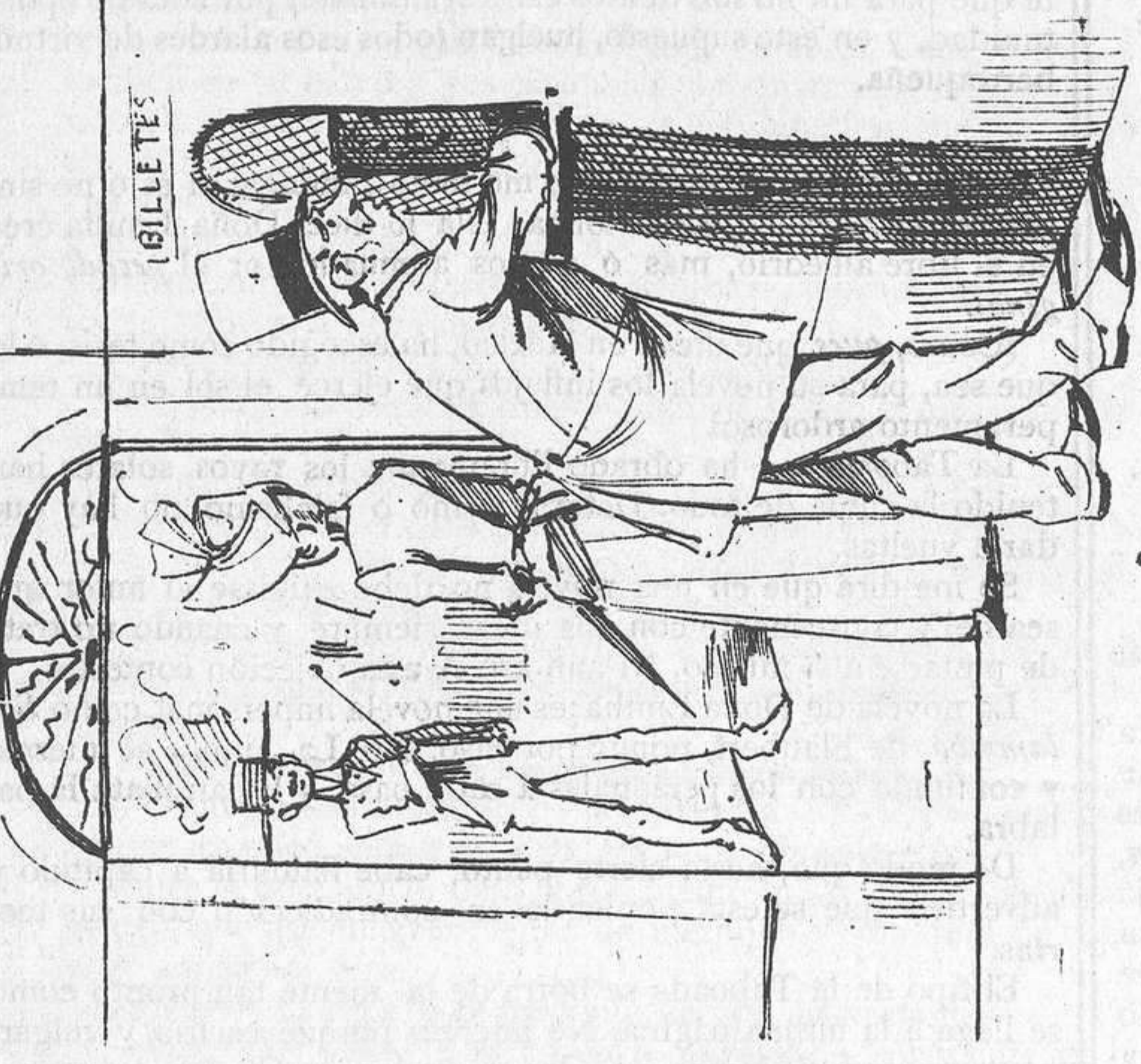
* * *

Veamos ahora lo que tiene de bueno, de excelente, *Insolación*.
En primer lugar, el estilo. Doña Emilia—lo he dicho muchas
veces—*se gasta* una prosa que ya la quisieran para sí muchos li-
teratos barbudos: reúne á la armonía de las cláusulas, la correc-
ción, el desenfado, la propiedad de las voces, la sobriedad, la
fuerza y el colorido. No es un estilo el suyo mórbido, soñoliento,
no en el sentido que produzca sueño, que en ese caso sería so-
porífero; peca á veces de lamido y arcaico; pero tiene la frescura
de las arboledas, á la salida del sol, y los espejismos y fosfores-
cencias de las aguas del mar en una noche de luna.

Doña Emilia no se anda..... con diccionarios: en su prosa en-
tran voces y modismos populares y terminachos de los barrios
bajos. El capítulo en que describe la romería es un modelo de
verdad y de gracia. La gitana que pronostica la buena ventura,
está hablando. Y lo digo con pleno conocimiento de causa, por-
que he tenido oportunidad de oír á esas embaucadoras andalu-
zas. Leyendo estas pinturas calientes y brillantes, no hay que ir
á San Isidro: el detalle más insignificante ha sido anotado é in-
gerido con naturalidad en la narración.

Insolación es una novela de costumbres que recuerda, por el
sabor, las más calificadas obras de este género de la pintoresca
musa española.

EL GANSO INOPORTUNO



6

5

9

8

12

11

10

Hay poca psicología en ella; pero, en cambio, está escrita en irreprochable estilo, y se lee con agrado, cuando no con regocijo.

FRAY CANDIL.

DESPUÉS DEL ESTRENO

La primera tiple.

Diga usted en el periódico mañana que esta noche, al cantar los panaderos, ha sido la ovación tan soberana que me tiraron puros y sombreros.

La madre de la primera tiple.

¡Ven ustedes mi niña! ¡Qué voz tiene!
¡Y qué cuerpo! ¡y qué gracia! ¡y qué modales!
Para el año que viene
no nos quedamos por trescientos reales.

El jefe de la claqué.

Esos *gachós* del seis tenían gana de reventar el vals de los abrazos.
¡Como vuelvan mañana,
tendremos que empezar á garrotazos!

El de las bengalas.

¡Otra revistita en sozo,
y llevamos doce ó trece!
Si no es por mí, me parece
que lo que es ésta va al foso.

Un espectador inmoral.

Yo no entiendo de versos ni de prosas,
pero al menos la obra es divertida,
¡porque tiene unas piernas tan hermosas
la que hace de merluza distinguida!

El que habla á la segunda tiple.

¡Y que no se ha crecido la primera
con ese papelito de esta noche!
¿Tú hacerla más segundas? ¡Ya quisiera!
¡Vamos, que si no fuera
porque la paga el empresario el cochel

El pintor.

Esto se ha salvado
por el decorado.

El gracioso.

Porque, después de todo, ¿qué es la pieza?
Pues una colección de escenas frías
y sin pies ni cabeza.
Gracias á que me sobra la destreza
y el público me tiene simpatías.
¡Diga usted que el sombrero que yo saco
y las vueltas carneras con que animo
el papel de dios Baco
al lucero del alba dan el timo!

El empresario.

Los autores serán memos,
pero tengo temporada.....

Un revendedor.

Desde mañana, vendemos
á dos pesetas la entrada.

Un tramoyista.

¡Rediós, cuánto belén de bastidores!
Y ni una mala copa de aguardiente.....
Me cargan los autores
que escriben pa nosotros mayormente.

Un crítico.

¡Esto es absurdo, inmoral!
El autor es un morral
y el músico es un gatera.
¡El público lo tolera
porque está hecho un animal!

Otro crítico.

Claro que tiene defectos.
Y ¿qué hay sin defectos? Nada;
pero entretiene y agrada.....
y tiene chistes correctos.

El músico.

Vaya, que el tal librito es rematado,
pero ¡claro! la música ha gustado
y nos dará muchísimo dinero.
¡Y que me diga luego el más pintado
que es toda de *Crispino* y de *El Barberol*

La característica.

Mañana debe el autor
quitar lo de sesentona;
porque yo seré jamona,
pero tanto, ¡no señor!

Una espectadora de quince años.

Tiene bonitas medias la muchacha
que representa el tarro de aguardiente.
¡Yo tengo que aprender esa guaracha,
que dice mi papá que es indecente!

El autor.

Doce veces he salido.
¡Esta pasa de las ciento!
¡Caramba! ¿Tendré talento
sin haberlo conocido?

SINESIO DELGADO.

COQUETERÍAS FÚNEBRES

Hasta la muerte era más seria en otros tiempos. Las gentes mueren ahora con la misma formalidad que ayer, y con la misma que mañana.

Pero se reviste el espectáculo fúnebre con más lujo y aparato teatral.

Una agencia para colocaciones de difuntos habría sido inverosímil en años pasados.

Ahora dan ganas de morir los escaparates de esos establecimientos.

Féretros para personas notables, para capitalistas, para muertos por suscripción nacional; es decir, para muertos cuyos enterramientos costean los amigos y admiradores del difunto.

Cajitas de sorpresa para niños recién nacidos y recién finados. Lamparitas, cruces, angelitos de porcelana, desde el tamaño natural hasta nuestros días; digo, hasta las últimas reducciones. Candelabros, macetas y otros caprichos.

Al pasar junto á uno de esos escaparates con algun amigo ó con la novia, instintivamente se ocurre preguntarles:

—¿Quieres tomar algo?

Por si no era suficiente el adelanto, ya hay figurines con la última moda, si no para morir, para enterrar á los difuntos.

Los agentes de algunas empresas funerales se presentan en la casa mortuoria apenas ha espirado el enfermo.

—Esto es lo último en el ramo—dice el representante, exponiendo los figurines.

—Ya lo creo que es lo último—afirma conmovida al parecer una cuñada ó la madre política del difunto.

—Quiero decir, la última moda.

—Una cosa modesta.

—¿Pero van ustedes á llevarle en una caja de pasas? A mí me es igual, como ustedes conocen, pero lo bueno siempre es bueno.

—¿Y los precios?

—Aquí están por orden alfabético: coche con un caballo..... ídem con dos..... ídem con tres..... Van incluidos en el número los cocheros y lacayos.

—¿Considerados como caballos?

—Exactamente.

—¿Se encargarán ustedes de las esquelas?

—De todo, si ustedes quieren: nosotros nos apoderamos del muerto, y ya no le vuelven ustedes á ver, si no les parece bien.

Es la ventaja que tiene esta empresa: cae un besugo, y.....

—¿Cómo un besugo?

—Perdonen ustedes, es el nombre técnico que aplicamos en el oficio á los muertos.

—¡Yal

—Pues bien, cae uno, y la familia se quita de cuidados.

—Es natural.

—Certificación, médico forense, licencia, todo lo tenemos corriente en pocas horas. ¿No ven ustedes que, por mayor, siempre nos hacen alguna gracia?

—Se supone.

Convenidos empresa y parientes, y adoptado el modelo que más gusta, proceden los operarios á la colocación de los aparatos fúnebres.

No falta criada que observe:

—¡Qué velitas tan delgadas traen ustedes!

—¿Quería usted que trajéramos cirios pascuales?

—Eso no va á durar.....

—Hay luz hasta que usted caiga.

—No olviden ustedes poner en las esquelas que «se suplica el coche.»

—¡Ya, yal

—Y que «el duelo se despide en el cementerio.»

—Está todo; y que «no se reparten esquelas.»

—¡Hombre! ¿En las mismas esquelas?

—Sí, señora, es la costumbre; como se advierte en los carteles de algunos teatros que «quedan suprimidas las entradas de favor.»

Pero es lo que me decía un representante de una de esas casas:

—Ahora da gusto morir, porque sabe el muerto que nada le ha de faltar.

EDUARDO DE PALACIO.

¡MISERIAS!

Limpia el alma y con sed de oro,
aunque ahita de esperanzas;
llo el cuerpo de jirones
y de harapos y de manchas;
con la tristeza en los labios
(sarcasmo de las entrañas,
que impiden que salga al rostro
el placer con que se arrastran),
dan honor á quien las pisa,
si le piden cuando pasa,
y entre sus dedos se pierden
perlas al fraude ganadas.
Limosna que al vicio el vicio
para otros vicios demanda,
y es á la pobreza insulto
y es en la riqueza farsa.

Vestida el alma de andrajos
que injusto el vicio desgarrá;

vendiendo torpes caricias
que no encubren su desgracia,
y adornando sus despojos
con despojos de otras galas
que soberbias despreciaron
las que entre alfombras se arrastran;
temiendo al servil que pega
y en pos del señor que paga,
viven, y si es caso beben,
gustan, y si es caso gastan.
Que entre el vino y el jaleo
las decoraciones cambian,
y ellas pagan si ellos pagan,
y ellos pagan si ellas pagan.

Y unas y otras se divierten,
y se escupen y degradan
con las piltrafas del cuerpo
y los pingajos del alma.

RAMÓN CABALLERO.

CUADRO TERCERO

(FANTASÍA DEL AUTOR)

(En el cenit la luna se detiene
para alumbrar las sombras de la vega,
reflejarse en el río
y platear el agua que se quiebra.

La débil luz y la apretada sombra
se juntan más allá de la ribera,
dibujando contornos muy confusos
de hojas y ramas, troncos y maleza.

Más lejos se levantan desiguales
los picos de la sierra,
que limita el espacio, azul y limpio,
perfilando las líneas de su cresta.)

El coro de señoras, empolvadas
náyades representa,
con bota azul y gasas vaporosas
y.... lo menos vestidas que se pueda.

Al preludiar el tango,
avanza hacia la concha una de ellas,
y con mucha pimienta luego canta
lo que dice la letra.

(MÚSICA)

Un gnomo que andaba buscando
su sílfide amada,
en el cáliz la halló de una rosa
muy acurrucada.
Mas no se fijó....
—¿En qué?

En que, mientras entraba en la rosa,
de la rosa otro gnomo salió.
Y ella, abrazándole,
falsa decía:

¿Por qué tanto tardabas, chachito?
¡Ay!
¡Qué pena tenía!

(COMENTARIO)

Con esta decoración
y un tango muy sandunguero
es segura la ovación
al fin del cuadro tercero.

CAYETANO TRIVIÑO.



Según parece, de Guadix se han fugado en una semana veintitrés niñas
docentes.

Y se sospecha que las veintitrés han ido á reunirse con sus novios.

Pues señor, ¡coro de fugadas! Y luego lo pone usted en una zarzuela y dicen que es inverosímil.

Por supuesto que, si han sido veintitrés efectivamente, se hubiera acabado más pronto diciendo cuántas muchachas de Guadix se habían quedado en sus casas.

Pues vives, amigo Losa,
del jornal de tu mitad,
cuando se muera tu esposa,
¿vas á tener viudedad?

JOSÉ DANUEZA.

De la cárcel de Játiva se han fugado catorce presos.
¿Catorce? Pero ¿había catorce presos todavía?

Una verbena se viene,
otra verbena se va....
¿Serán tontos los que piden
pasajes para Ultramar?

—No hay amigo mejor que uno mismo—
decía Ramón;
pero un duro buscaba ayer tarde,
¡y ni él se le dió!

J. RODAO.

El anuncio eterno:

«Habitaciones con ó sin.»

Que ahora no puede significar más que una cosa.

Con ó sin chinches.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Doña Retama.—Pues me parece,
señora mía,
sobrado escéptica
la poesía.

Atar Gull.—Mire usted, no deja de tener gracia el asunto; pero desgraciadamente versifica usted con poca soltura, así como arrastrando con trabajo las frases.

K. Ch.—Véome obligado á decir á usted exactamente lo mismo, sin quitar ni poner una sílaba.

Un bañista.—Mucho se debe usted aburrir, cuando se entretiene en escribir tonterías.

Saperlipotte.—El cuentecito no está bien arreglado. ¿De dónde ha tomado usted el seudónimo? ¿De Montepín?

K. Bo.—Todo se vuelve ripios, asonancias, versos cortos, largos.... en fin, una calamidad. Puede usted quitarse los galones.

Sr. D. L. C.—Madrid.—No, señor; no sirve tampoco. Y bueno será advertirle que el verso «siente mi alma dulce placer sin tasa» es más largo de lo regular, y lo de la tasa es un ripio. ¡Ay! ¡Si fuera solo!

Sr. D. F. T. de L.—La anécdota, que todo el mundo conoce, es bonita; pero la ha echado usted á perder, compare.

Un cómico.—¡Que no! Que la forma no es mala, que lo que hay es que tú confundes la formalidad que tiene algo dentro con la que no dice más que frases huecas. Más claro: se puede hacer llorar con el estilo festivo; pero á nadie le importa ya ese género de poesía retumbante y huero. No dirás ahora que no me explico.

Sr. D. L. R. y G. A.—Eso es en absoluto imposible. Ni los redactores son capaces de semejantes chanchullos, ni la Dirección pasaría por ellos, conociéndolos se entiende.

Mambrino.—Esa especie de letrillas cayó en el olvido para no levantarse más.

Nicomedes.—Mala idea ha formado usted del periódico, cuando piensa que se iba á publicar inmediatamente. ¡Un demonio se publicará!

Un sastre.—«Yo no la ofrezco doblones
no los tengo, mas sí un amor
casto, puro, verdadero y
grande cual su corazón.»

Ya comprende usted que para muestra basta un botón, y.... que eso está mal hilvanado.

Mi God.—¿Sabe usted que es algoroso
El carpintero amoroso?

Sr. D. A. P. R.—Madrid.—¡Sí, pues dígaselo usted á él, que cree que hace un favor además! Hasta que el día menos pensado las pague todas juntas.

Capacho.—Prepárese usted para una noticia desagradable. ¡Ha perdido usted las 25 pesetas!

Bo. Rico.—Hombre, no tanto....

Cascabelito.—Conozco la letra. Sirve. Pero júreme usted antes que eso no se ha publicado ya; porque me suena un poco, ¿sabe usted?

Trompetilla.—¡Es usted la más inocente de las cogujadas!

Sr. D. S. C.—Valladolid.—Almagro, 30; pero advierto á usted que se le entregó la carta.

Tres renacuajos.—Más vale que se vuelvan ustedes á la charca. Y se llevan ustedes á Un fraile, que es tan renacuajo como el que más.

A. B. C. Dario.—¿Sabe usted lo que tiene? Pues mucha vulgarité.

EL COLMO DE LA BROMA



—¡Hola! Mi mujer con Lesmes..... ¡No me voy á reir poco en casa cuando ella no acierte quién me lo ha dicho!

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA.

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANIA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA
CON

CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL: MONTERA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela*.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.